

## Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

### NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 La que se hizo amar, por Marcel Priollet.—
- 2 Nada se borra, por Max Dervieux.—
- 3 La esposa y la amiga, por José Baeza Valero.—
- 4 El hombre que no servía para nada, por Jorge Clary.—
- 5 La falta del hombre, por René Trotet de Bargis.—
- 6 Mujeres..., por Francisco-Mario Bistagne.—
- 7 Lecciones de la vida, por Félix Léonnec.

En la selecta Biblioteca «Nuestro Corazón» acaba de aparecer el vigoroso asunto inédito, original de FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

## EL SEÑOR FRANCISCO

Emocionante argumento. Bellísima novela.

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, IMPRESOR

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 334

25 CTS.



**PIJAMAS**

POR

Olive Borden  
y Lawrence Gray

**FilmoTeca**  
de Catalunya



BLYSTONE, John G.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración Teléfono 4423 A

Año VII

BARCELONA

N.º 334

# PIJAMAS

(PAJAMAS, 1927)

Deliciosa novela, interpretada por la encantadora  
«estrella» OLIVE BORDEN  
y el simpático galán LAWRENCE GRAY.

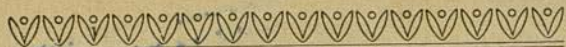
Produccions Williams FOX

EXCLUSIVA DE

## HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
VICTOR MAC LAGLEN



# PIJAMAS

## Argumento de la película

Angela Wade era un verdadero angel terrenal. A falta de alas tenía un automóvil.

Pero el angelito se creía con derecho a todo porque era hija de un señor que tenía mucha plata, y no es de extrañar que la sorprendamos en plena carretera guiando su automóvil a gran velocidad y gritándole al conductor del coche que iba delante del suyo, que se apartara para poder ella continuar su impetuosa marcha.

El joven que guiaba el automóvil delantero conducía el coche a velocidad reglamentaria y se resistía a que el coche que le iba en zaga quisiera adelantársele por puro capricho.

Angela insistía en obligar al joven a situar-

se junto a la cuneta, y para manifestar de un modo palpable su enojo por no ser atendida su exigencia le daba topetazos a su *auto* con el suyo.

—¡Maldita sea! — exclamó el joven.

Y más decidido que antes a no ceder, siguió tranquilamente rodando por la carretera en primer lugar.

Pero como a terca no había quien la ganase, Angela fué empujando el coche del joven hacia el borde descubierto de la carretera, y al fin logró colocarse delante, imprimiendo entonces mayor velocidad todavía a su *auto*.

El joven, dándose a todos los demonios por la peligrosa jugarreta que se había permitido hacerle Angela, también aumentó la velocidad del coche que él guiaba, para tratar de dar alcance a la impertinente desconocida.

Pero el joven se reprimió al ver aparecer un agente de tráfico persiguiendo a Angela, que se burlaba de las ordenanzas municipales como de todas las cosas, y dijo al policía, cuando éste pasó por su lado:

—¡Eso es, guardia! Déle usted una lección!

Angela se dió cuenta de que le pisaba los

talones el policía, y en un recodo de la carretera se ocultó de él, que pasó de largo.

Sonriendo victoriosamente, Angela se dispuso a salir de su escondite y buscar la primera encrucijada para despistar definitivamente al guardia, pero el joven del coche que quedó atrás le cerró el paso al llegar a la altura del recodo que sirvió de cobijo a la atolondrada muchacha.

Los dos *autos* iban a chocar, mas sus dos conductores lograron por verdadero milagro detener los vehículos en el preciso instante en que iban a toparse seriamente; y la cosa no pasó de susto.

El joven, indignado, saltó del coche y fué a decirle cuatro cosas duras a la muchacha que tan malos ratos le había hecho pasar aquel día persiguiéndole durante todo el camino.

—¡Esto es ya demasiado, señorita! ¡No estoy dispuesto a que se ría usted más de mí!

Ella, mirándole con altanería, repuso:

—Echese usted atrás y ensayaremos otra vez.

—¿Cómo? ¡Lo que usted necesita es que le den una zurra! ¡Y de las buenas!

La muchacha no se echó a reír esta vez, por-

que vió que el joven le buscaba el... el "eso" para darle la anunciada zurra.

Y se la hubiera dado, no les quepa a ustedes la menor duda, si no llega a aparecer en aquel instante, disgustado, como se puede suponer, el policía que había perseguido a la muchacha y que la perdiera de vista al esconderse ella en una vuelta de la carretera.

Al ver al policía, Angela, con un aplomo formidable, dijo:

—Señor policía, este individuo ha venido golpeando mi coche todo el camino.

Al oír esto, el joven exclamó:

—¡Qué frescura! Señor policía, examine usted el mío y verá quién es el verdadero culpable.

El policía, conciliador, respondió, dirigiéndose al joven:

—No tenga usted cuidado, que se hará justicia.

Mientras el guardia llenaba una papeleta de citación, Angela, aprovechando el que no la veían ni aquél ni el joven, pues se colocaran de espaldas a ella, subió tranquilamente a su *auto* y embragó más tranquilamente todavía.

—¡Qué es eso! — exclamó el joven—.

Pero ¿la deja usted marchar? — añadió, dirigiéndose al policía.

Este, sonriéndole, mientras Angela mandaba, burlona, un besito al joven con la mano, contestó:



—No tenga usted cuidado, que se hará justicia.

—No me queda más que una hoja y se la he destinado a usted.

¡Muy bonito! El inocente, sin duda por errónea interpretación del guardia, era condenado!  
¡Muy bonito!

\*  
\*\*

El hogar de los Wade, aunque situado en un Estado de la Unión N. A., Angela lo conservaba en un Estado de Caos.

Angela era un verdadero demonio, y a su padre, el señor Charles Wade, le daba más dolores de cabeza que sus negocios madereros.

El secretario del señor Wade estaba hablando a éste acerca de la endemoniada criatura.

—Estoy muy preocupado por la conducta de Angela, señor Wade... Ya me tiene hasta la coronilla, dicha sea con todos los respetos...

—¿Qué nueva calamidad le ha hecho a usted? — inquirió el padre.

—Pues mire usted, señor Wade, ayer, mientras tomaba el aire, por poco me priva de él echándome encima su automóvil.

El padre ocultó su rostro tras unos *dossiers* para que su secretario no le viese reirse, pues la hazaña de su hija, de tanta indignación le producía risa; y cuando pudo reaccionar, contestó:

—¡Esto es inaudito! ¡Dígale que quiero verla inmediatamente tan pronto venga!

A la mansión de los Wade acababa de llegar Egbert Forrest, un "pollo" que padecía

de la enfermedad más común entre los ricos: el hastío, y que, para matar éste, se tumbaba a dormir en cualquier sitio.

Llegó en automóvil, tumbado dentro de él, es decir, sin que se le viera desde fuera. El chofer le tuvo que avisar para que saliese de su lecho improvisado.

Egbert abandonó su coche, pero apenas en la casa, es decir, en el jardín de la casa, se tumbó en un sillón de mimbre y continuó en él su interrumpido descanso.

Poco después llegó Angela, asustando, con la velocidad fantástica de su *auto*, al chofer de Egbert, que creyó que aquel bólido iba a hacerle papilla.

El secretario del señor Wade la vió y fué a su encuentro, diciéndole:

—Su padre desea verla en seguida, señorita.

Angela, mirándole de arriba abajo con insolencia, replicó:

—¡Vaya a darse un baño! Eso es lo que yo voy a hacer.

El secretario regresó al lado del señor Wade.

—Señor, su hija me dijo que me fuera a dar un baño.

El señor Wade salió al jardín y buscó a su hija.

Elena estaba en aquel momento junto a Egbert. Al verle profundamente dormido se sen-

tó sobre él como sobre un colchón, y el durmiente se despertó presa de espanto. ¡Cómo que había creído que la casa se le desplomaba sobre el vientre!



...se sentó sobre él como sobre un colchón...

—¡Niña, qué susto!

—¿Peso, querubín?

—Algo más que una pluma, chatita.

—Levántate, dormilón, y ven a nadar conmigo en la piscina. Ya concluirás la siesta en el agua.

Egbert acató el capricho de Angela, y mientras él iba a desnudarse en el departamento que tenía reservado en la piscina de los Wade, Angela se iba desnudando a medida que entraba en su casa, como si no le importara que pudiesen verla en paños menores ¡y tan menores!

Al fin su padre la vió y alcanzándola la riñó severamente.

Pero, sí, sí, a Angela las recriminaciones le entraron por una oreja y le salieron al mismo tiempo por la otra.

Lo que le interesaba a ella en aquellos momentos era bañarse, y se acabó de desnudar con mucha frescura delante de su padre, a quien, al quedar en combinación, arrojó las demás prendas de vestir a la cabeza, desapareciendo hacia el piso de las habitaciones particulares, para vestirse el *maillot* de baño.

Pero el señor Wade tuvo tiempo de decirle:

—Eres una chiquilla insufrible, fastidiosa, necia y casquivana, pero estoy en espera de un comerciante del Canadá con quien tengo pendiente un negocio importantísimo y confío que sabrás comportarte como *toda una dama*.

—¡Ya lo creo que sí! — exclamó Angela.

Unos minutos después, Angela se disponía a ir al encuentro de Egbert en la piscina. Lu-

cía un magnífico *maillot* que delineaba su cuerpo gentil con una amabilidad abrumadora...

Iba a salir de la casa, cuando ¡qué sorpresa! vió en la puerta a.....al joven que ella persiguiera durante todo el camino y que por su culpa fué denunciado por el agente de tráfico.

Ese joven era John Weston, el comerciante del Canadá que esperaba Wade para comprarle sus bosques.

Los dos jóvenes se reconocieron, y viendo en los ojos de John el deseo de reñirla por la conducta que observó con él, Angela se apresuró a decirle al criado que acudía a recibir al joven:

—Ese hombre me persiguió por todo el camino. Es un loco en libertad, o poco menos.

El criado, sin esperar mayores indicaciones, se dirigió hacia John y le echó fuera de la casa sin admitir sus explicaciones.

Indignado, John, lejos de marcharse, buscó el medio de introducirse de nuevo en la mansión del señor Wade, y lo logró saltando una tapia.

Angela, que se hallaba cerca de la piscina, jugueteando con un perrillo, le vió y lanzó un grito de espanto, pues no se le ocultaba que aquel joven tenía motivos para darle una paliza; y echó a correr hacia la piscina, en cuyas aguas se zambulló creyendo evitar así

el que él la cogiera, y disponiéndose en todo caso a seguir gritando en el agua para que acudieran en su auxilio todos los de la casa.

Pero John se arrojó también al agua, y forcejeó con ella para zurrarla convenientemente.

Angela logró escapársele y ya iba a salir de la piscina, cuando John la detuvo por una pierna, tirando de ella con la misma energía que su dueña ponía en su empeño de librarla de su presión.

A los gritos que Angela lanzó acudieron su padre, el secretario y Egbert, que había estado hablando con él hasta aquéllos momentos y a quien el señor Wade había dicho: "No pienses muy en serio en casarte con Angela. Ni en uno ni en otro hay el necesario discernimiento para andar en más dificultades."

Egbert llegó en primer lugar y como pretendiera enfrentarse con John, éste lo derribó al agua de un puñetazo.

El señor Wade no volvía de su asombro al ver que el causante de todo aquel revuelo era el mismo John.

—¡Pero si es Weston! — exclamó yendo hacia él y estrechándole la mano—. ¿Qué es lo que le ha ocurrido a usted?

Egbert y Angela le miraban sorprendidos. ¿Quién era aquel joven?

John, mirando a Angela como un tigre, porque había que ver lo indignado que estaba con ella, contestó al señor Wade:

—Esta jovencita me ha retrasado ya dos veces.

El señor Wade movió con pesar la cabeza y repuso:

—Esta joven es mi hija, aunque a veces lo lamento.

¡Su hija! ¡Valiente cosa tenía por hija!

El señor Wade, deseoso de desagraciar a John, continuó:

—Siento infinito que su llegada haya sido tan desagradable, pero trataremos de hacérsela olvidar.

John no cesaba de mirar a Angela, deseando, a buen seguro, poder tener la ocasión de decirle lo que opinaba de ella, pero aquella violenta situación no duró mucho porque el señor Wade y el secretario se llevaron al recién venido a la casa, para que se cambiase de ropa.

El padre aprovechó un momento y dijo a Angela, suplicante:

—Ese joven es dueño de unos grandes bosques madereros en el Canadá, y deseo comprárselos. Por lo que más quieras, diviértelo.

Angela, por toda respuesta, dijo a Egbert,



que estaba a su lado, remojado como un pollito... :

—Le divertiré tanto que lo voy a matar de risa.

John chorreaba agua por todos los lados. Dejó un buen rastro en el pasillo de la casa, y el criado, que no se había enterado de nada, creyó, al ver agua en el suelo, que el perrillo de Angela había hecho una de las suyas... y lo sacó al jardín para que, si "le daba otra vez", se entretuviera en regar las plantas...

\*  
\*\*

El señor Wade hablaba con sus consejeros respecto de los bosques de John. El asunto era tan importante que debía ser tratado en Consejo especial.

Todos estaban de acuerdo en que la compra de los bosques que el joven poseía en el Canadá era un gran negocio para la Compañía, y en que era preciso no dejarse escapar tan peregrina ocasión.

Convenía, pues, obrar de prisa.

—Ahora está siendo agasajado por mi hija y no tardaré en cerrar con él el negocio — dijo el señor Wade, levantándose para ir al encuentro de John y someterle sin demora la

proposición de compra y el contrato de venta.

En tanto, en su casa, Angela y Egbert se hallaban en el salón, matando el tedio cada cual a su manera.

Egbert lo hacía tumbado en un mullido sofá y Angela tocando al piano un charleston cuya música loca no molestaba lo más mínimo a Egbert, que tenía el sueño fuerte.

John apareció ante ellos sin que le vieran, e iba a adelantar hacia Angela, cuando el criado que no estaba enterado de lo ocurrido y que ya se encargó de echar una vez a John a la calle por orden de Angela, le vió y fué a echarle de nuevo, cogiéndole por la cruz de los pantalones...

—Pero ¿qué hace usted? — protestó John.

Angela y Egbert se volvieron hacia ellos y vieron lo que ocurría. Entonces Angela, prestamente, dijo al criado:

—No, Bautista, fué un error... El señor es un invitado de papá... Trátele usted con toda clase de consideraciones.

Ni que decir tiene que el criado, más rojo que un pimiento idem, soltó la cruz a John, pensando en lo cara que podía haberle costado si el señor Wade se hubiese enterado de lo ocurrido.

Al quedar los tres solos, Angela, tendiendo

su mano a John, le dijo, aparentemente afligida:

—Siento infinito habernos comprendido tan mal. He dispuesto un almuerzo especial *en honor suyo*.



—No, Bautista, *fué un error...*

—Muchas gracias, señorita... y es mi deseo olvidarlo todo...

—Es usted muy amable, ¿verdad, Egbert?

—Amabilísimo, sí, señor.

—Después del baño debe usted tener apetito, ¿verdad, señor Weston?

—Regular nada más, señorita.

—Sentémonos, pues, a la mesa. Todo está ya preparado. No esperábamos sino a usted.

Se sentaron los tres a la mesa, y en ésta prosiguió la broma...

—¿Cuánto hace que llegó usted del Canadá?

—Tres días apenas, señorita...

—¡Caramba! ¡Pues sí que ha aprendido usted pronto el inglés!

John pasó por alto esta estúpida reflexión, porque consideraba a Angela de pocos alcances, pero el jueguecito que ponían en práctica ella y el pollito de Egbert, y que consistía en alargarle platos y más platos, dejando que se sirviera de todo y retirándole poco después cada plato, sin permitirle probar ni el más insignificante bocado, le recordó el furor de que estaba poseído unas horas antes y lo centuplicó.

—¡Qué gracioso es usted! — dijo a Egbert, retándole con la mirada—. ¡Y a usted, mocosa, no le tolero que me tome el pelo! — dijo a Angela.

Angela, inconsciente de sus actos, salió por sus fueros:

—¡O me pide usted perdón o le diré a Egbert que le ponga en la calle!

Egbert, muy prudente, no decía nada...

Y John, fuera de sí, prosiguió:

—¡Que pida perdón! ¡Qué locura! Además, aquí me quedo hasta concluir mi negocio. Y si lo que quiere usted es que haya pen-



—¡Qué gracioso es usted!

dencia, mándeme a mi habitación al Tenorio Durmiente.

Egbert se sintió aludido, pero pensó: "A palabras necias, oídos sordos". Era muy prudente el pollito...

Angela, que de buena gana arañaría a John,

porque la trataba de tan dura manera, cosa a que ella, tan mal criada, no estaba ni remotamente acostumbrada, pretendió darle alcance, para insultarle cara a cara, pero tropezó con una alfombra y se cayó sobre su retaguardia.

John sonrió al verla caer sentada y le dijo:

—Se ha pegado usted precisamente donde puede darle una enfermedad cerebral.

—¡Oh! — exclamó ella.

Pero John había ya desaparecido hacia su habitación, y Angela, que era rencorosa, dijo a Egbert:

—¿Has oído? ¿Vas tú a permitirle que se muestre tan grosera conmigo, *la señora de la casa*?

Echándose de valiente, Egbert contestó:

—¡Claro que no lo voy a consentir! ¡Voy a patearle ahora mismo las tripas!

Y, muy decidido, Egbert subió las escaleras... y las bajó, rodando como una pelota, unos segundos después.

—¿Qué es eso? — dijo Angela.

Egbert, disimulando....., contestó:

—Resbalé...

—¡Qué hombres! — murmuró Angela.

En aquel momento entraron en la casa el señor Wade y su secretario. Al ver a Egbert y a Angela en el suelo, les dijo el primero:

—Id al parque, niños, si queréis jugar.

Lejos estaba el señor Wade de suponer que John seguía "dominando" en su hogar...

El señor Wade y su secretario fueron a ver a John en su cuarto, y el padre de Angela le dijo, sonriente:

—Si lleva usted consigo una descripción legal de las tierras, podremos cerrar el trato en seguida.

John sacóse del bolsillo de la americana unos papeles, pero el señor Wade, al verlos, exclamó, contrariado:

—Pero, Weston, ¡esto no sirve para nada! No se pueden leer las cifras.

Era cierto. Los documentos se mojaron al arrojarse él al agua en pos de Angela y las cifras no se leían claramente.

En vista de ello, dijo John:

—Mandaré a pedir al Canadá nuevos documentos y los tendremos aquí antes de tres días.

—Lo cual no arreglaría nada. Los necesitamos mañana mismo — dijo el señor Wade.

—Pues no veo cómo...

—¿Por qué no toma usted mi aeroplano? En seis horas está usted en sus dominios.

—Pero, señor Wade, en mi vida he viajado en aeroplano...

—No tiene usted nada que temer. Cuento con un magnífico piloto.

—Siendo así...

\*  
\*\*

Aquella tarde, John debía partir en avión hacia el Canadá.

El aparato estaba listo para emprender el viaje y el piloto se hallaba ya en su puesto esperando al pasajero.

John, acompañado del señor Wade y su secretario, apareció en el campo, donde el señor Wade, cogiéndolo del aparato, le dió un paracaídas, por vía de precaución.

Poco después el avión despegaba y el señor Wade seguía diciéndole a John, saludándole cordialmente:

—¡Buen viaje! ¡Feliz aterrizaje!

Y apenas el avión se hallaba a cincuenta metros de altura, el señor Wade y su secretario se miraron atónitos al ver llegar corriendo hacia ellos al verdadero piloto.

¿Qué significaba aquello?

—¿Quién guía el aeroplano? — preguntó el piloto.

—Eso me pregunto yo. ¿Quién lo guía?

El piloto se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ah! Comprendo... Debe ser su hija, señor Wade. Después de mí, ella es la única persona que sabe manejarlo.

—¡Santo Dios! ¡Buen paseo le espera a Weston! Me alegro de haberle dado el paracaídas.

En tanto, en el avión, John pasaba un mal rato, pues se mecía en el espacio como si se columpiara.

Extrañado de ello, dijo al piloto:

—¡Oiga, piloto! ¿Está usted bromeando?

Angela, pues ella era el piloto, descubrió su rostro y le contestó:

—¿Bromeando? ¡Lo que busco es matarle!

—Aterrice usted en seguida, o salto — gritó, espantado, John.

—Salte, amiguito. No tiene ni que molestarte en abrir el paracaídas.

Disputándose llegaron a las Montañas Rocosas del Canadá, entre agudos picachos y valles sin fondo.

—Jamás en mi vida me había aburrido tanto como en estas horas — se lamentó John.

—Si no le agrada mi compañía, puede usted descender... y flotar — respondió Angela.

De pronto, el aparato sufrió una avería y piloto y pasajero tuvieron que ponerse el paracaídas para descender.

Pero aun durante el descenso, lento y seguro, pues los paracaídas eran sólidos, los dos jóvenes se cruzaron algunas palabras duras:

—¡Si llego a descender, voy a darle a us-

ted esa zurra aunque no me reste vida para más!

—¡Agárrese y no hable, gritón, que todavía no llega al suelo!

John aterrizó felizmente, pero Angela quedó colgada de un árbol, y dijo a John, cuando le vió pisando tranquilamente tierra firme:

—Ayúdeme a bajar.

—Estése al fresco un rato. No le vendrá mal.

Pero al fin la ayudó a desprenderse de la rama donde estaba cogida, y lejos de reconciliarse se apartaron uno de otro, yendo John a construirse una tienda de campaña con la ayuda de un ala del aparato caído a pocos metros de donde ellos estaban.

Angela le dijo:

—¿Qué es lo que piensa usted hacer? ¿Quedarse aquí?

—Claro. Estamos a cien millas de toda civilización. No hay otro camino que el lago helado, subiendo montañas durante una semana...

—Sí, ¿eh? Pues espero que pase usted aquí un invierno agradable... Yo voy a buscar un camino mejor...

Angela se apartó de allí, pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando vió un

puercoespín y se le erizaron los pelos a ella y al puerco.

Aquel aviso de los peligros de la selva la obligó a volver junto a John, a quien, viendo como hacía una cama, con ropas y telas que había en el avión, le dijo:

—Hágala usted un poco más suave... y no es necesario que sea tan ancha.

¿Qué quería decir? ¿Que la cama era para ella! ¿Sí? Pues, ¡naranjas!

Pero ella se apoderó de la cama cuando ésta estuvo lista, y John se vió obligado a sacar de la misma a Angela.

—Pero...

—Nada de contemplaciones para quien no las merece. Quédese en la parte del campamento que le corresponde... y cuanto más lejos, mejor.

Angela, hirviendo de furor, tuvo que apartarse de la tienda de campaña levantada por John, y con troncos de árbol caídos y ramas que halló al alcance de su mano se construyó un cobijo que no tenía la menor consistencia, tan frágil como su cerebro.

\*\*

El señor Wade y Egbert, enterados, por noticias recibidas por hilo, de que el aeroplano había caído en algún valle de las Montañas

Rocosas, salieron en busca de los ocupantes del mismo, a los que suponían vivos gracias a haber podido aterrizar con los paracaídas.

Egbert, como siempre, no hacía más que dormir, de pie o tumbado, ya fuese "pedestre" "caballar" o "fluvial" el modo de transporte.

Tendrían que andar mucho antes de encontrarles, pero menos mal si los encontraban con vida.

Cual nuevo Robinsón, John se las arreglaba para comer bien y dormir mejor, y no se reconciliaba ni a tiros con Angela, que sufría como nunca hubiera podido imaginárselo.

Aquel día John había puesto a la parrilla un pez y Angela, más fresca que una rosa, se apoderó de él y se dispuso a dar cuenta de aquel manjar en un abrir y cerrar de ojos.

Pero John, al darse cuenta de la sustracción, se lo quitó de un manotazo, y Angela rugió:

—¡Ojalá fuese usted mi marido! ¡Así me creería justificada en meterle una bala en la cabeza!

El le respondió, desdeñoso:

—Es usted un inútil objeto decorativo, como esos pijamas que lleva.

En efecto, Angela lucía, por toda vestidura, un pijama; el mismo que llevaba en su casa

cuando ocurrió lo de la broma en la mesa con Egbert y el subsiguiente "resbalón" de éste, ya que antes de meterse en el avión no hizo más que ponerse encima la americana y el gorro de piloto.

De las palabras pasaron a los hechos, empuñada Angela en apoderarse del pez que no era suyo, y colmada mil veces su paciencia, John no pudo aguantarse más y clamó:

—¡Se ha ganado usted la zurra prometida!  
¡El sitio me parece de lo más apropiado!

Y se la dió, con verdadera fruición, dejándole muy dolorida la parte carnosa elegida por él para la anhelada lección.

Angela no se permitió la más mínima protesta ante lo duro del castigo, seguramente para que éste no se prolongara más, y se apartó a un rincón, donde quedó llorando con amargura.

John, arrepentido, se acercó a ella y le dijo:

—Siento mucho haberme dejado arrebatar...

¿¿...??

¿El arrepentimiento de ambos no equivalía a... a...?

¿A qué?

.....

Al día siguiente, John pescaba.

Angela, para imitarle, cortóse una caña y se le reunió.

Se saludaron sin rencor.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

El preguntó, extrañado:



*Y se la dió, con verdadera fruición...*

—¿Cómo cortó usted esa caña?

—Con su navaja de afeitar — repuso ella, sin vacilar.

—¡ Con mi navaja!

Pero no dijo más, resignándose a no poder utilizar más su navaja para afeitarse.

¿Por qué no puso el grito en el cielo?

Porque... porque...

John pescó un pez y Angela, creyendo que el sitio donde él pescaba era mejor que el suyo, se cambió sin pedirle permiso; y como John, al ocupar, sin protesta, el puesto de ella, pescó otro pez, Angela volvió a cambiarse, pero no pescó nada.

De pronto el anzuelo de Angela, formado por un alfiler imperdible curvado, cogió un pez que yacía en el musgo y que John pescara antes, y creyendo haberlo sacado del agua se alejó sonriendo triunfalmente para ponerlo a la parrilla y desayunarse con él.

Mas he aquí que resbaló y cayó al agua.

—¡ Socorro! ¡Que me da un calambre! — gritó, llamando en su auxilio a John.

Este le contestó, sin moverse de su sitio:

—¿ Sí? Me alegro. De mí no se burla usted otra vez.

Pero viendo que Angela se hundía, no titubeó en arrojarse al agua y la salvó.

Al salir del agua, llevándola a ella en sus brazos, dió un traspie y ahogó un lamento.

Sin embargo, como no podía andar sin co-

gear un poco, ella se dió cuenta de ello, y le dijo:

—¿ Qué le ocurre?

—Nada... — dijo él.

—¿ Nada y cojea usted? A ver... ¡oh! Se ha dislocado usted el tobillo. Siéntese, y déjeme curarle... ¡Vaya! Se lo vendaré... Pero, ¿con qué?... ¡Ah! ¿Ve usted?... Los pijamas van a ser más útiles de lo que usted creía.

Y arrancándose el faldón del pijama rodeó con él el tobillo de John.

Este incorporóse, pero ella le dijo, ofreciéndose como enfermera:

—No se apoye usted sobre el pie herido. Ahora soy yo quien va a trabajar aquí.

Y desde aquel momento Angela se transformó en mujercita razonable.

John se limitaba a descansar, y, encantado de su conducta, no le disimuló su entusiasmo.

—Ha cambiado usted, Angela. No creí que fuera tan admirable.

Y ella, arrebolándose, agradeció esas palabras...

El señor Wade y Egbert iban adelantando y pronto los encontrarían.

John, reconociendo que amaba con locura a Angela, confeccionó una escala de cuerdas y la ató a una roca, para descender al día



siguiente por ella hacia el lago. Era demasiado peligroso continuar allí junto a la tentación...

—Esta es la última noche que pasaremos aquí — dijo a Angela—. Mañana descendemos por esa escala.

Ella, mirándole con pasión, respondió:

—Nuestra estancia aquí ha hecho un gran bien a mi alma egoísta... No quiero regresar ya a la comedia de la civilización... Esto es real, verdadero...

El la contempló con arrobamiento... y ¡oh poder del amor! se sintieron fuertemente cogidos y se besaron con toda el alma.

...Y durante la noche Angela cortó la cuerda de la escala, para que no pudieran huir al día siguiente de aquel paraíso...

—¿Quién ha cortado la cuerda? — preguntó John.

—No sé... Algún animal debe haberla roído...

El comprendió...

—Sí, algún animal bípedo, con más corazón que buen sentido...

—¡John!... Quedémonos aquí, tú y yo solos.

—¡Angela! No podemos permanecer aquí... tengo que devolvarte a los tuyos.

—Por favor, John... Yo quisiera quedarme... Mi vida aquí ha sido bellísima... contigo...

—No, Angela. Hemos de ser razonables. Esta vez no se trata de hacer lo que tú quieras, sino de lo que yo tengo que hacer.

Se separaron, pero al ver llegar al señor Wade, cada uno de ellos redactó una nota para él y se reunieron un poco más allá del campamento.

Y el señor Wade leyó los siguientes avisos de "no estorbar":

*Estamos perfectamente... y perfectamente dichosos.*

*Nos veremos pronto.*

*Weston*

*Papaíto:*

*Os he visto venir, pero no necesitamos ayuda.*

*Angela*

Egbert comentó como un necio:

—Espero que se habrán casado antes de haber iniciado esta vida *de hogar*.

Furioso, el señor Wade le descargó su puño en pleno rostro y le dijo, tan encantado de tener a John por tal:

—¡Levántate, holgazán! Te respeté porque

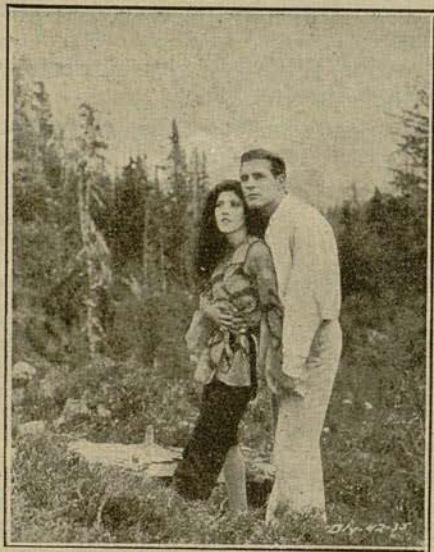
pensé que podrías ser pariente mío, pero ahora, si no te apartas de mi vista, te va a pesar.

En tanto, John decía a Angela, abrazándola:

—¿Por qué cortaste la escala, amor mío?

Y ella, dichosa, esclava de él, se abandonó deliciosamente entre sus brazos y musitó:

—Porque te quiero, vida mía...



—¿Por qué cortaste la escala, amor mío?

FIN